

PLUMA y
Cecilia Fla.
LAPIZ

NÚM. 15



LEYENDAS Y TRADICIONES

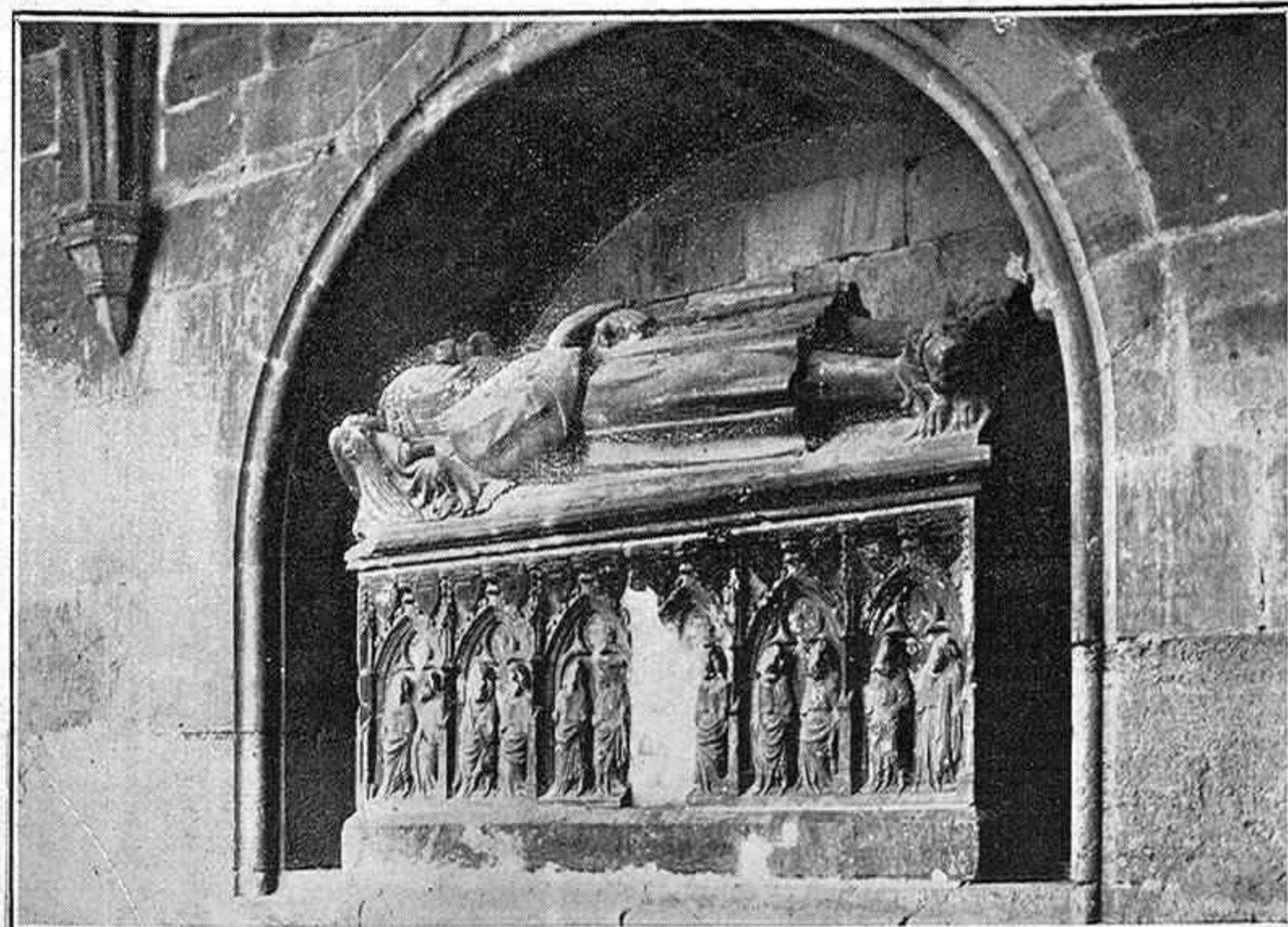
SANTAS CREUS (TARRAGONA).

SEGURO es que cuantos amantes del Arte hayan visitado el monasterio de Santas Creus habrán fijado su atención en el gran número de notables sepulturas que encierra. Entre ellas hay dos, situadas en la nave Norte, lindante con la iglesia, que se hallan relacionadas con la leyenda que hoy nos proponemos referir.

Es la primera la perteneciente, desde fecha tan remota como el año de gracia 1198, á los Cervelló, señores de

la Llacuna, de Montelar y de Querol. Decorada por cuatro rosetones románico-ogivales de cinco lóbulos, contiene escudos cuyas divisas son ciervos, en su interior, destacándose en los del centro la figura de un hombre armado con flechas que dispara, al parecer, contra las aves. Allí fueron depositados, entre otros, los restos del noble y valeroso caballero don Ramón de Cervelló.

Algo más lejos, pero en la misma nave, según se ha dicho, se encuentra otro sepulcro, estilo Renacimiento, con un escudo en su cubierta y el paramento del frente de la urna dividido en tres partes. La central contiene, en relieve, la estatua ecuestre de una dama vestida de cota de malla, con espada y rodela, mientras que las dos laterales ostentan escudos deteriorados hoy por la mala calidad de la piedra en que se esculpieron. Este sepulcro, conocido por el de la *Invicta Amazona*, tuvo un tiempo la



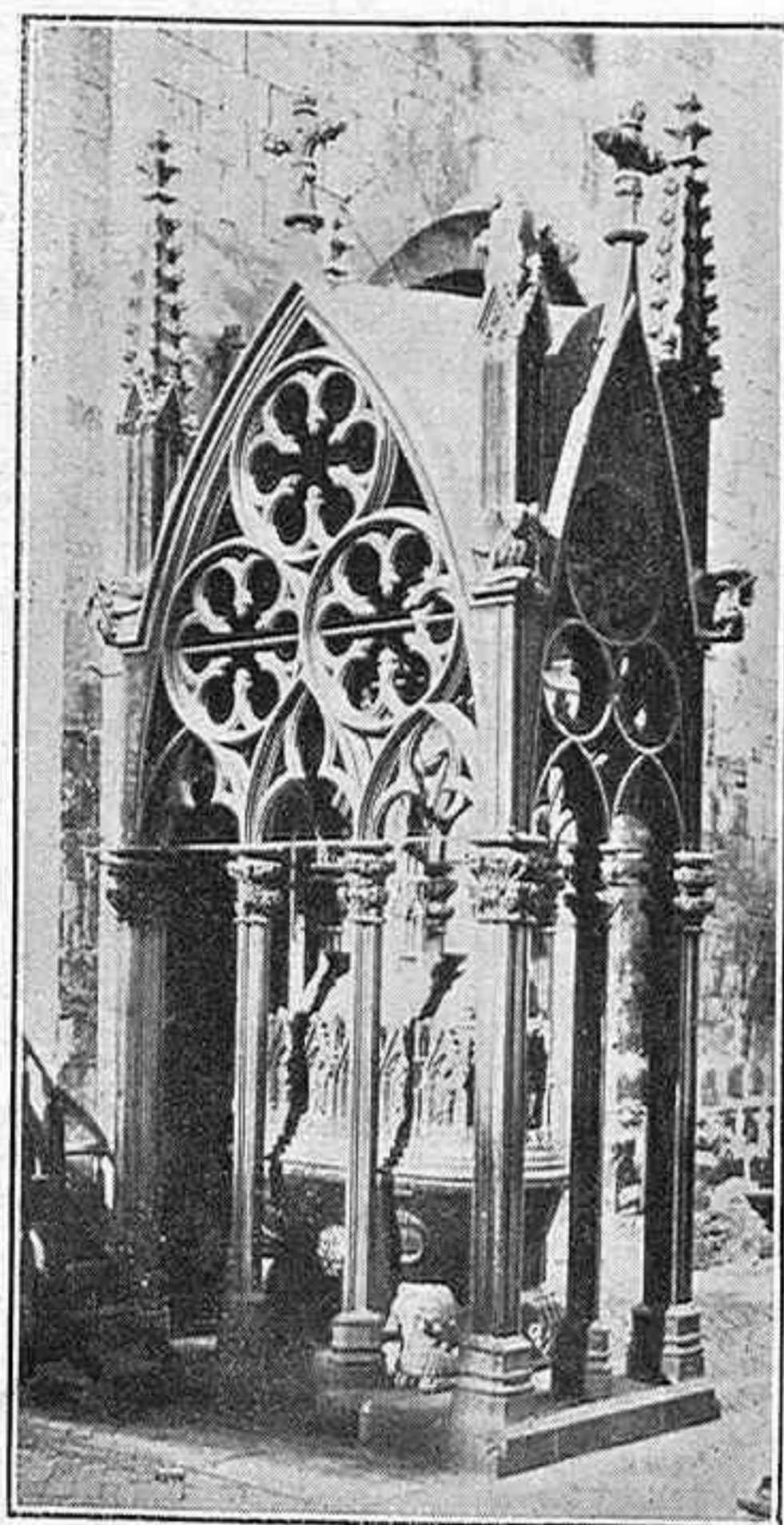
TUMBA DE ALEMANY.

siguiente inscripción que ha desaparecido:—*Aquí yace la invicta amazona, terror de los agarenos, Doña Guillermina de Moncada, mujer de Don Ramón de Cervelló.*— No es considerable el espacio que separa ambas sepulturas;

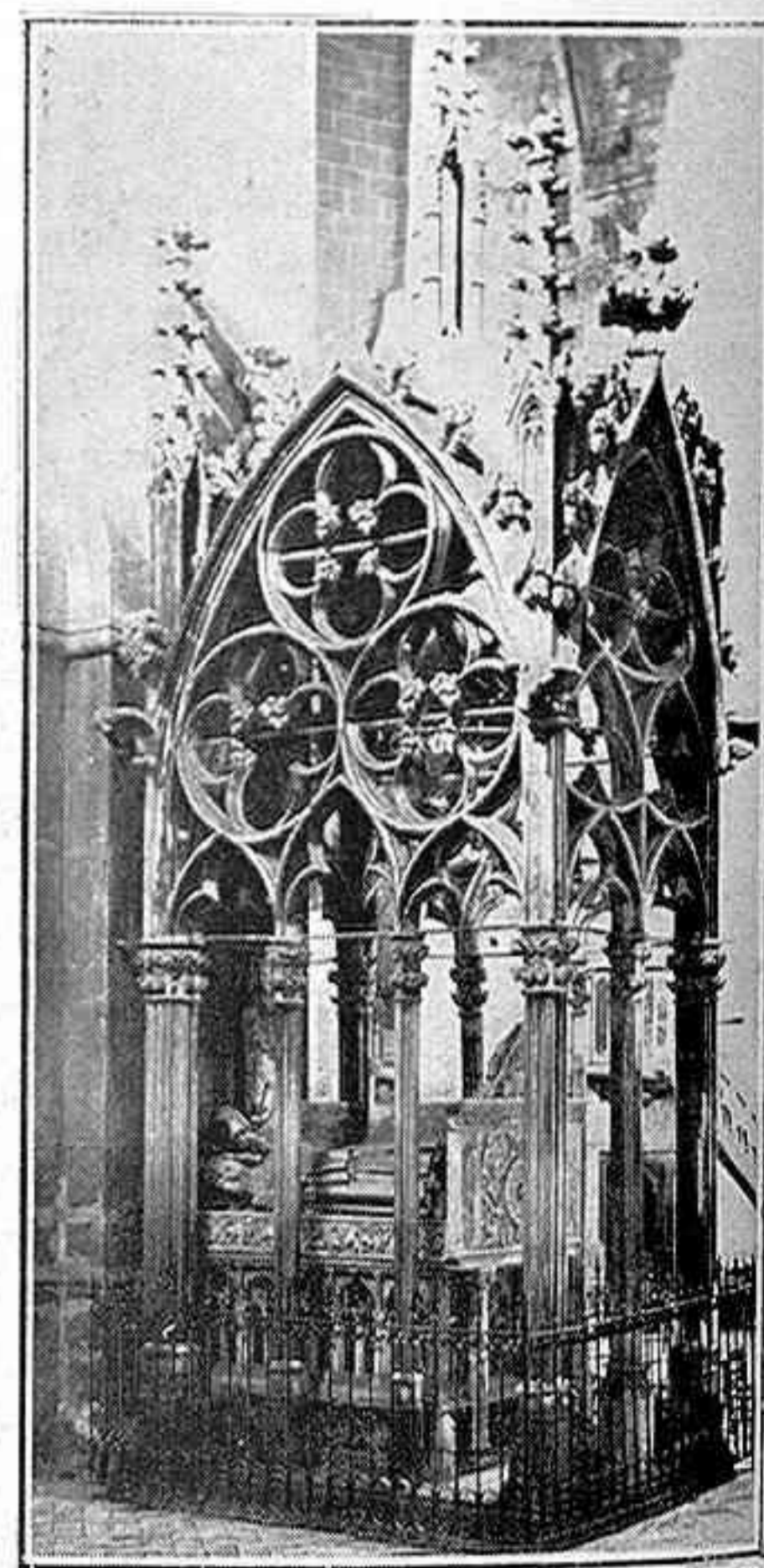
mas aun el que entre ellas media hubiera debido no existir, pues justo y natural era que hubiesen continuado unidos después de la muerte los que tan grandes pruebas de acendrado afecto se dieron durante su vida.

Poco romántico el carácter catalán, no consistieron tales pruebas en los amorosos deliquios y el exceso de ternura que causaron la desgracia, á la vez que inmortalizaron á los amantes de Teruel; pero lo que aquellos perdieron en lirismo, ganáronlo en épica grandeza, resultando más prácticas y provechosas, sin ser menos dignas de admiración.

Pintan las crónicas á la insigne doña Guillermina de Moncada como señora de gran talento y conocimientos no vulgares, realizados por su natural despejo, pues así hubo de demostrarlo discutiendo con los magnates de su tiempo; y esta cualidad, unida á otras igualmente recomendables y al cariño que profesaba á su esposo, debieron hacer la dicha de éste, no empañada por nube alguna, hasta el día aciago en que, no la muerte, sino los azares de la guerra, condenaron al matrimonio á separación más larga que de costumbre y que hubiera podido ser



PANTEÓN DE DON PEDRO II DE ARAGÓN.



PANTEÓN DE DON JAIME II DE ARAGÓN.



TUMBA DE LOS MONCADAS.

era su marido presa de harto valor para que los moros renunciassen á ella por ningún precio; y en consecuencia, adoptó el único camino que le era permitido seguir, si había de tener algunas probabilidades de éxito.

Convocando á sus vasallos, recordóles sus deberes, los animó á vengar la ofensa á su señor, al nombre cristiano y á su país, inferida por los agarenos, y tal entusiasmo supo excitar en ellos, que todos á una voz pidieron volar en socorro de don Ramón para libertarle ó perecer en la demanda.

Entonces la ilustre dama, dando pruebas de que su peregrino ingenio corría parejas con su valor, adoptó sin pérdida de tiempo las medidas necesarias para organizar las fuerzas con que se le brindaba, de suerte que constituyesen un bien formado ejército, provisto de cuanto fuese menester; y logrado este fin, púsose en persona al frente de los suyos y comenzó la campaña con tanta habilidad como ardimiento.

¡Lástima grande que no sea posible detallar las proezas realizadas por aquella esforzada mujer! Muchas y de importancia hubieron de ser, pues fué el resultado que los agarenos, arrollados, vencidos en cien combates, se vieron precisados á devolver la libertad al marido, para librarse, á su vez, de las iras de la esposa.

Tal es el hecho que conmemoraba la tablilla de la sepultura

de ésta, hoy desaparecida, y él nos ha sugerido la reflexión de que es lastimoso que no se hallen juntos los mortales despojos de un matrimonio modelo, cual fué el constituido por don Ramón de Cervelló y la valerosa doña Guillermina de Moncada.

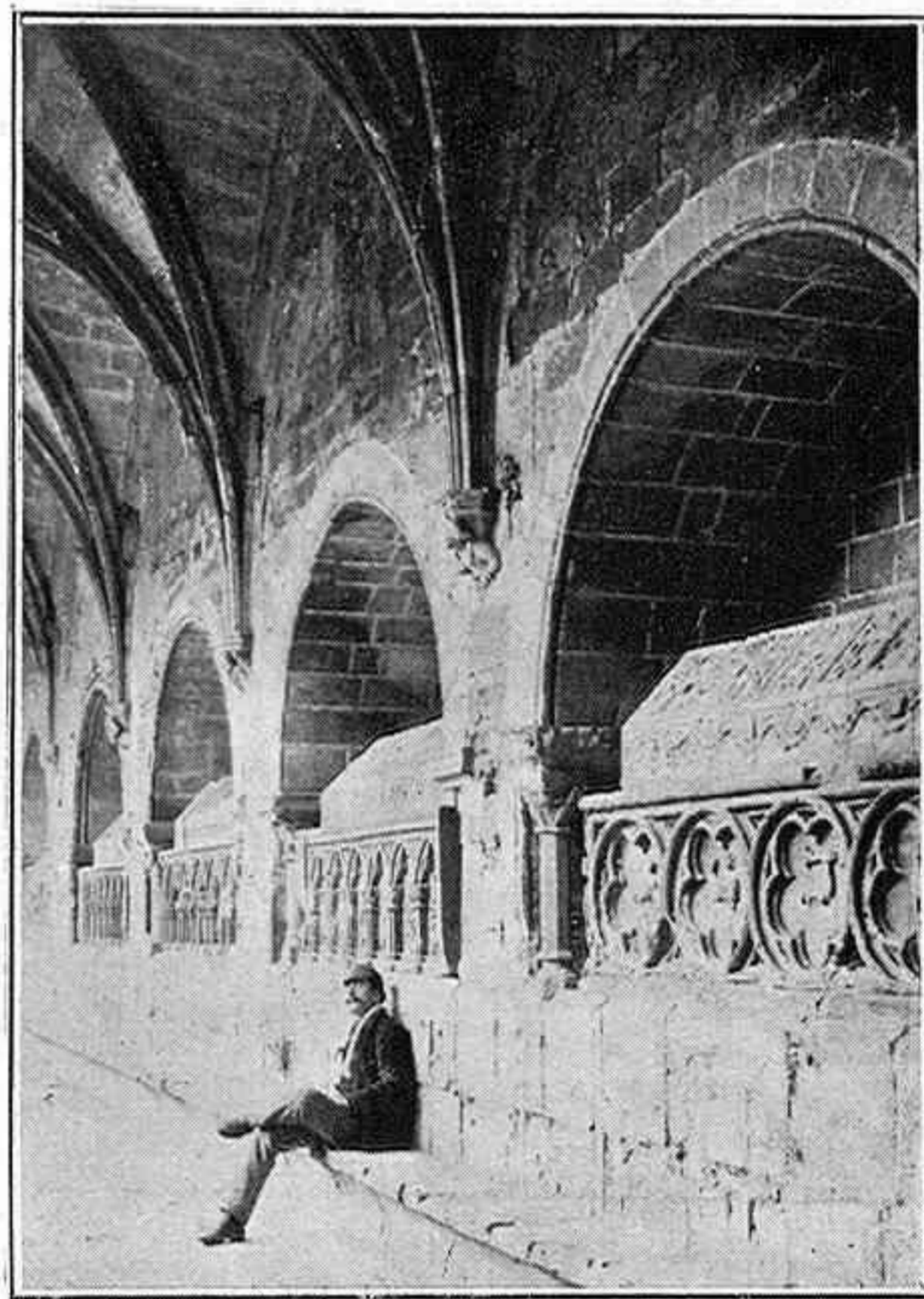
La mera exposición de los hechos basta á demostrar que el amor conyugal, lo mismo que los demás sentimientos y pasiones de la humanidad, tanto los laudables cuanto los dignos de reprobación, sin perder su fondo, idéntico en todos los países y comarcas, tiene en cada punto, según el carácter de sus habitantes, diversas formas de manifestarse. Y hecho tan evidente, acredita también la estultez de los que pretenden aplicar criterio igualitario, uniforme, á todos los hombres y á todos los pueblos que constituyen una nación. Por miles podrían contarse las mujeres que, en vez de seguir el ejemplo de doña Guillermina, habríanse limitado á llorar la desgracia de su esposo ó, sin provecho para éste, se hubiesen muerto de pena; y sin duda hubieran sido tan excelentes cónyuges como buenas patriotas son todas las españolas, aunque no se sientan con bríos para emular las glorias de Agustina de Aragón, ni de la consorte de Cervelló.

eterna sin el esforzado aliento de aquella incomparable mujer.

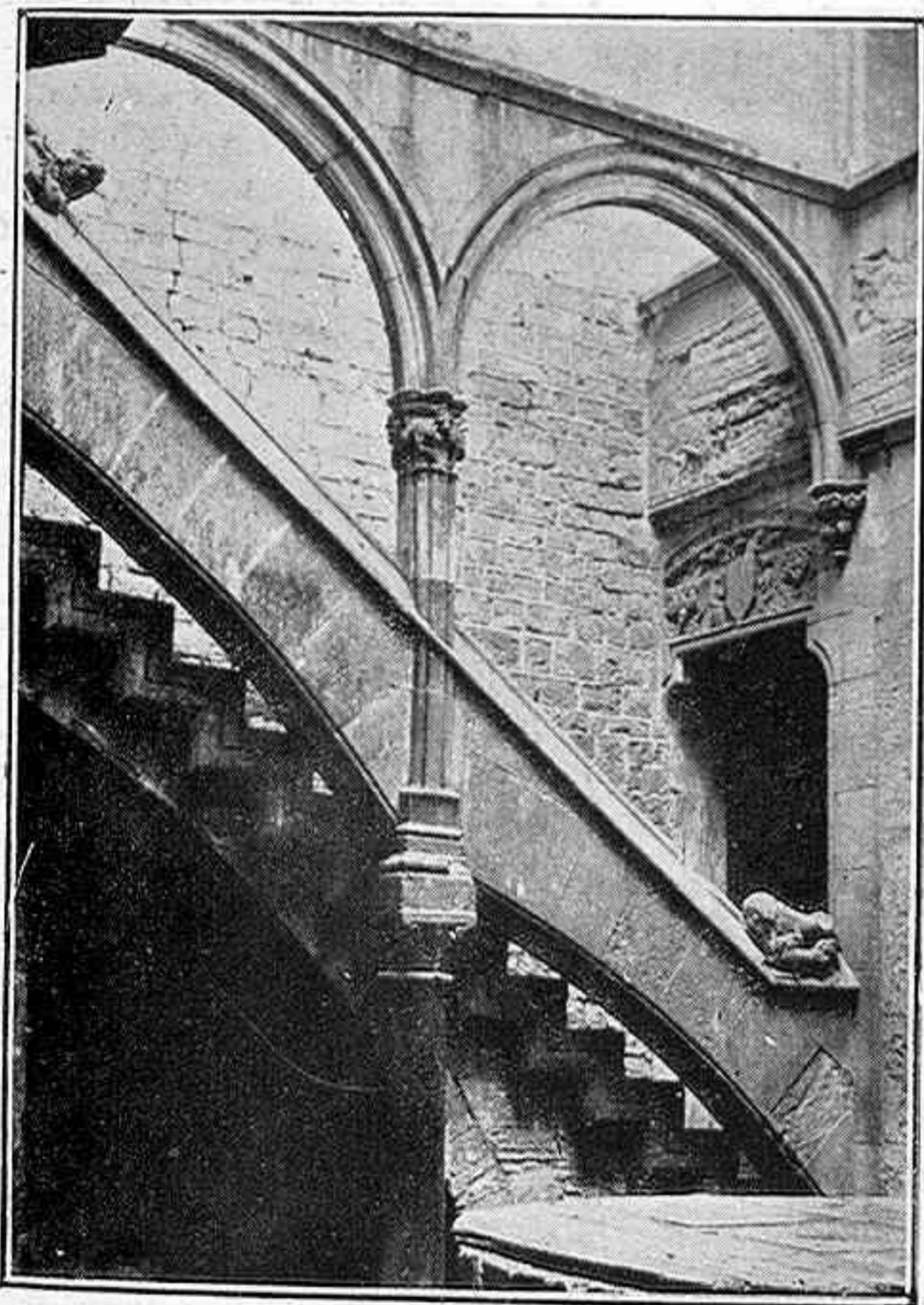
Don Ramón de Cervelló compartía su tiempo entre las dulzuras del hogar, para él lleno de encantos, y las fatigas de la guerra contra los infieles, exigencia imperiosa de su patriotismo y de su conciencia; caudillo valeroso y entendido, no pocas veces hizo correr ante él á los sectarios del Profeta, puestos en vergonzosa fuga por su espada; pero hartó probado está que la suerte de las armas es voluble, como todo aquello en que tiene participación la diosa Fortuna, que volviendo la espalda al arrojado capitán, hízole caer prisionero en una celada tendida por sus enemigos.

Al saber doña Guillermina la fatal nueva, sin duda hubo de sentir intenso dolor; mas encerrando éste en el fondo de su corazón, en vez de estériles lágrimas y gemidos inútiles, adoptó la heroica resolución de salvar á todo trance la libertad y la vida de su esposo.

Comprendió desde luego que nada adelantaría con negociaciones y tentativas de rescate, pues



INTERIOR DEL CLAUSTRO.



ESCALERA DEL PALACIO DEL REY.

Fotografías de José Serra.

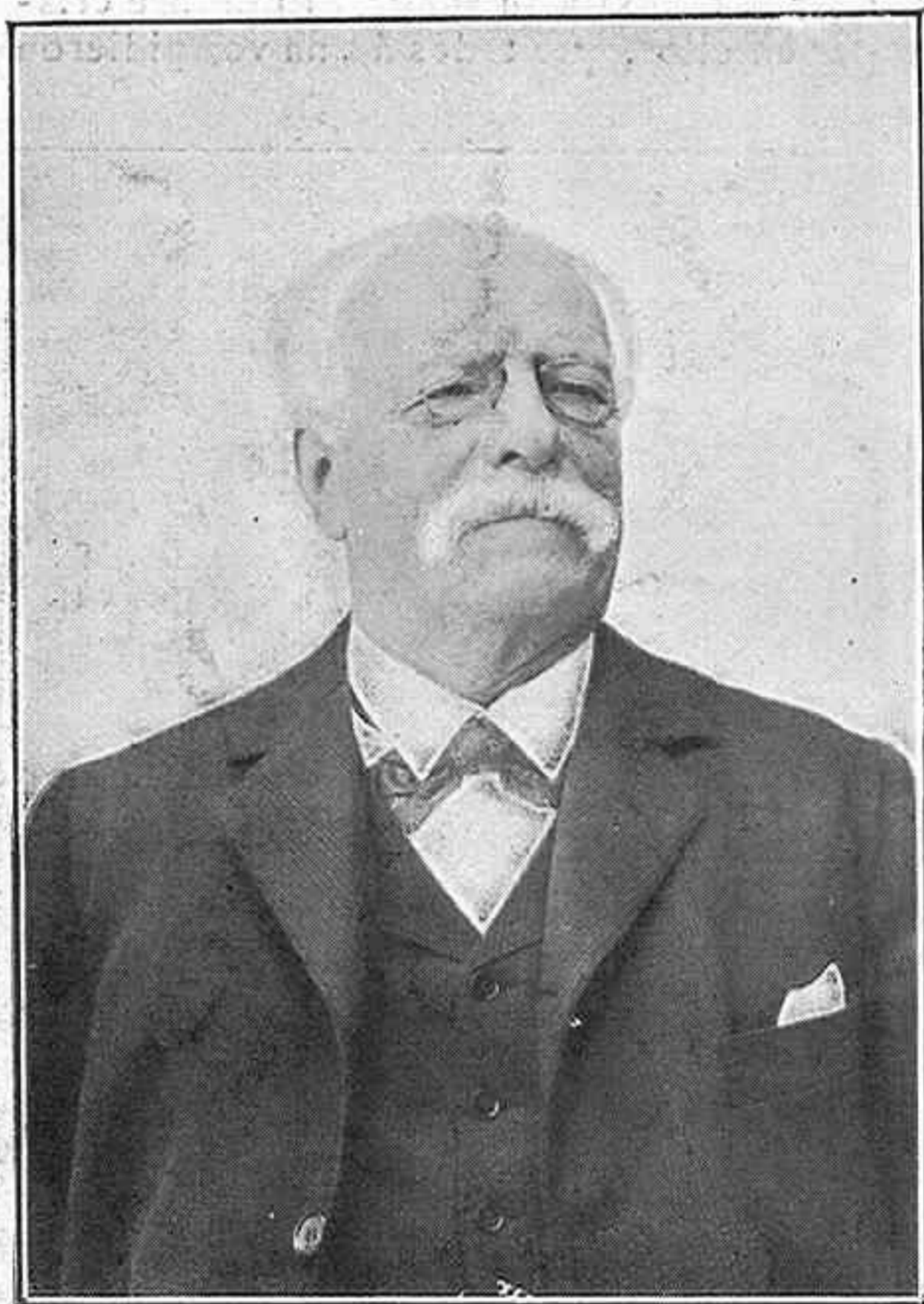
EDUARDO BLASCO

EL INTENDENTE DE BUENOS AIRES

EN BARCELONA

Las corrientes de simpatía que reinan de algún tiempo acá entre las nacionalidades argentina y española, de las que una y otra pueden prometerse felices y prósperos resultados, están acentuándose ostensiblemente desde el punto y hora en que desembarcó en Cádiz la Comisión, portadora de nobles deseos y sinceros agasajos, que la capital de aquella floreciente república envía á nuestra Soberana, es decir, á la España del siglo xx, para probarle, sin duda, que los desastres con que en sus últimos años la azotó el anterior, lejos de rebajarla á sus ojos, la han hecho digna de mayor estimación y respeto.

En la adversidad se conocen los amigos; y no cabe pedir otra prueba de leal amistad, á quienes si, impulsados por una idea legítima,



ADOLFO J. BULLRICH.

Intendente de Buenos Aires.

ma, sagrada, pusieron porfiado empeño en distanciarse de nosotros, cuando aún conservábamos buena parte del antiguo esplendor y poderío, nos tienden cordialísima mano y nos brindan con nuevos lazos de unión, hoy que la adversidad bate sus fatídicas alas sobre este desdichado suelo.

Correspondiendo con la largueza característica en los hijos del Plata á las deferentes atenciones que en Barcelona y Madrid se dispensó á los tripulantes de la fragata argentina *Presidente Sarmiento*, atenciones que, por proverbial cortesía, tributa el pueblo español á todo huésped extranjero; la Municipalidad de Buenos Aires, acordó, como no ignoramos, dar el nombre de España á una de sus plazas y encargar al eminente Benlliure la ejecución de un suntuoso jarrón



LAS AUTORIDADES ESPERANDO SU ARRIBO.

artístico para regalarlo en su día á nuestra Reina Regente.

La venida de la Comisión argentina, tiene por principal objeto, formalizar la entrega de tan delicado y significativo presente, cuya fundición está ultimándose en esta ciudad, bajo la dirección de su autor, y en los acreditados talleres de Masriera y Campins.

La preside el señor Intendente (alcalde) de Buenos Aires, don Adolfo J. Bullrich; y en verdad que, para afianzar simpatías y crear afecciones, difícilmente hubiera podido recaer la elección en persona más á propósito; pues basta verle para sentir simpática atracción y respetuoso afecto, adivinando en él cuantos se honran con su trato, aunque sea breve y superficialmente, una inteligencia privilegiada, una educación esmeradísima y, en rara armonía con un carácter emprendedor y enérgico, una sencillez y bondad sin límites.

No menos favorable concepto merecen sus dignos compañeros, don Jorge Williams, actual secretario de la Intendencia, después de haber ocupado en su país puestos de suma consideración; el marqués de Folleville, sobrino de los duques de Tamames y Ahumada, que desempeña un alto cargo en la misma y cuyo porte distinguido revela á primera vista la nobleza de su cuna; y nuestro paisano, don Enrique Casellas, joven periodista de ley y vasta ilustración que desde



SU DESEMBARQUE EN EL MUELLE DE LA PAZ.



LLEGADA DE LA COMITIVA AL «GRAND HOTEL».

obsequios á la altura de los merecimientos, nuestros distinguidos huéspedes habrán apreciado en su justo valor la fraternal cordialidad con que les han sido tributados, y guardarán de ella perdurable recuerdo.

Que el señor Bullrich ha experimentado en la ciudad condal hondas y continuas satisfacciones, no hemos de ponerlo en duda, puesto que con leal sinceridad nos lo han dicho sus propios labios, no una vez, sino varias. Quien como él ha rendido ferviente culto al trabajo, consagrándole por entero una existencia que otros, en su holgada posición, hubieran juzgado más pertinente consagrar á la molicie y el placer; quien, entrado ya, como él, en la edad en que el cuerpo pide tranquilidad y descanso, tiene aún la abnegación de poner al servicio de sus conciudadanos las preciosas energías que le quedan, y continúa trabajando sin tregua por el engrandecimiento y prosperidad del país en que ha nacido; debía forzosamente impresionarse ante el hermoso espectáculo que este pueblo, trabajador por excelencia, de los primeros en cultura y morigeración, ofrece al que por vez primera le visita.



MARIANO BENLLIURE.

El ilustre Intendente de Buenos Aires y sus dignos compañeros han hecho justicia á las nobles cualidades que adornan en general á los hijos de la tierra catalana, y por ello les debemos especial estima y eterna gratitud.

Lo que les ha encantado durante su permanencia aquí, ha sido la limpidez del firmamento y lo bonancible de la temperatura; admirándoles no poco que cuando la prensa europea califica este invierno de exageradamente frío, vivan los barceloneses en casi plena primavera.

«Bajo buenos auspicios hemos empezado el viaje» nos decían, al despedirse de nosotros... ¡Siga el cielo dispensándoles su favor, para que, cumplida la misión que á España les ha traído, puedan regresar felizmente al seno de su familia y transmitir á la nación argentina nuestros cariñosos saludos, en prenda de leal y duradera amistad.

Fotografías de Laureano.

hace algunos años reside en Buenos Aires, perteneciendo á la Redacción del importante periódico *El Correo Español*, que, en atención á sus reconocidos méritos, le designó para que formara parte de la Comisión á que nos referimos.

Por telegramas y correspondencias, nos consta que la capital gaditana dispensó á esos señores un entusiasta recibimiento, precursor del no menos espontáneo y sincero que han encontrado entre nosotros.

Tanto el señor Cónsul General de la República Argentina en España, que se trasladó el primero á bordo para darles la bienvenida, como las autoridades locales, y en particular el Ayuntamiento, genuína representación de la ciudad, han procurado por cuantos medios disponían de momento, que su corta estancia en Barcelona les fuera grata; y abrigamos la persuasión de que si no han estado los



JARRÓN ARTÍSTICO QUE BUENOS AIRES REGALA Á LA REINA REGENTE.

CARNAVAL

I

Dominando con sus gritos
la grésca de la ciudad,
rindiendo los corazones,
derramando gracia y sal,
por la ancha calle hacia arriba
viene la comparsa ya.

Lucen los que en ella forman
airoso traje escolar,
y al són de las panderetas,
de la música al compás,
van alegrando los aires,
recogiendo al desfilar,
monedas que valen mucho
y frases que valen más.
Y entre sonrisas que vienen
y carcajadas que van,
calle arriba, calle arriba,
marchan con aire triunfal,
como marcha por el mundo
la loca felicidad,
llena el alma de venturas,
extraños á todo afán,
sin miserias que temer
ni recuerdos que olvidar.

II

Echeme usted, tabernero,
media azumbre de lo tinto,
que hoy es día de correrla
y yo no le desperdicio,
y aunque no acuño moneda,
llevo siempre en el bolsillo
diez perras grandes de sobra
para obsequiar á un amigo.

—Anda, Joselillo, bebe,
que yo siempre te he querido,
y aunque dicen que ahora tienes
con la Chata un compromiso,
eso en nada entibiar puede
mi amistad y mi cariño,
y antes llamé yo á su puerta
y antes lo tuvo conmigo.

—Mira lo que dices, Pancho,
que eres muy largo de pico,
y aunque el día es de dar bromas,
ni las doy ni las recibo,
y yo parto corazones
como quien parte tocino.

—Con la lengua matas muchos.

—Con la navaja lo mismo.

—Pues vamos á ver si ahora
corta tu navaja limpio.

Y á relucir las navajas
salen con siniestro brillo,
y los dos viejos compadres,
hechos dos cubas de vino,
se contemplan con encono
y se embisten con ahinco.
Y tras de breve silencio,
entre murmullos y gritos,
se llevan los polizontes
al hospital un herido,
y da posada á un valiente
la prevención del distrito.

III

De una belleza de moda
en el tibio gabinete
y alrededor de una mesa
donde suenan al romperse
los cristales de Bohemia
sobre la loza de Sevres,
hay hasta diez buenos mozos
y diez hermosas mujeres.

El fuego de las pasiones
en sus ojos puede verse,
y puede verse en sus rostros
la huella de los deleites,
y en todos ellos el ansia
del amor y los placeres.

Circulan llenos los vasos,
y el vino á caños se bebe,
entre frases que sonrojan
y desvergüenzas que ofenden;
y las alegres comadres
y los lindos pisaverdes
en los asientos que ocupan
á duras penas se tienen,
mientras se buscan sus brazos
y corren hasta verterse,
el cinismo por los labios
y el champán por los manteles.
Y avanzada ya la noche,
en el misterio y la sombra
los unos se desvanecen,
mientras otros más borrachos
sobre la mesa se duermen.

IV

En un estrecho tugurio
sin aire y sin claridad,
cinco pobres criaturas
acurrucadas están.

El cuadro que allí se ofrece
es sombrío por demás,
cuadro de negra tristeza,
de amarga infelicidad.

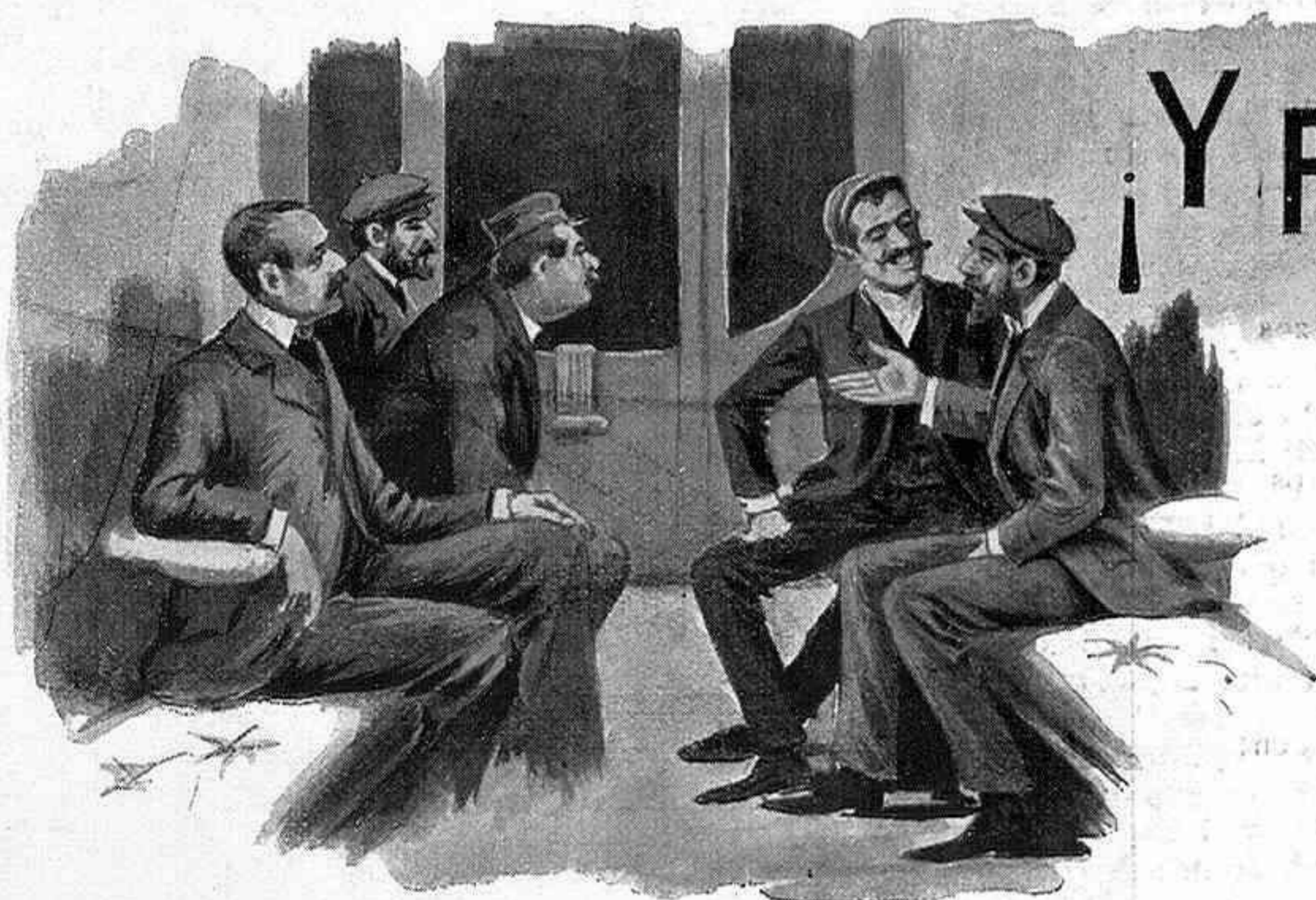
Viuda la madre y postrada
por irremediable mal,
sin nada ya que perder,
sin nada que empeñar ya,
en Dios tan sólo confía...
y hace bien en confiar.

Mensajera de la dicha,
nuncio de paz ideal,
irá mañana á su puerta
llamando la caridad;
mas ¡ay! que en tanto la noche
sus sombras tendiendo va,
y mientras la madre enseña
á sus hijos á rezar,
turban su rezo los gritos
de la torpe bacanal,
que va por la calle arriba,
sin detenerse á pensar
que es importuna la zambra,
que es el derroche ilegal,
¡habiendo tantos que sufren
y tantos que piden pan!...

RAFAEL OCHOA

Pedro

DIEZ MINUTOS DE PARADA...



Y silbó la locomotora y la estridente trepidación de las placas giratorias retumbó bajo las ruedas del coche.

Los seis viajeros que ocupaban éste y que, recostados en el duro almohadillado, se hacían la ilusión de que dormían, arrullados por la fantástica obscuridad que en el coche reinaba, se incorporaron en los asientos para ver cuál era la estación en la que tenían el honor de entrar.

Bien pronto hubieron de averiguarlo; el tren se detuvo, al fin, y un mozo recorrió de extremo á extremo el solitario andén gritando, ó más bien gruñendo, con cavernosa voz: «¡Medina, diez minutos de parada!...»

—¡Y palos!—exclamó, casi sin darse cuenta de ello, uno de los viajeros que en el coche intentaban, en vano, reconciliar el sueño.

Cuatro de los compañeros de viaje le miraron asombrados, creyendo sin duda que, más afortunado que ellos, había logrado dormirse y hasta se permitía el lujo de soñar. El quinto, que, si la débil lámpara del coche, cubierta con su verde cortinilla, no hacía ver visiones, era un hombre corpulento, de grande y redonda cara, se fijó más atentamente que los demás en su vecino, le contempló con curiosidad un momento y después le preguntó:

—¿Por qué dice usted eso?...

—Es un lance curiosísimo,—dijo el que, según los otros, soñaba.—Una aventura de viaje.

Insistió el señor curioso en que había de contar la aventura, con no mucho agrado de los demás viajeros, y por fin vió satisfecha su curiosidad de la siguiente forma:

—Hace cinco meses,... ¡ay! pasaba yo en un tren por esta misma estación. Iba á un asunto urgente, urgentísimo, que tenía en Bilbao, y excuso decir á ustedes cuánto desearía terminar el viaje, pero... ¡ay!...

—Vamos, ¿qué?...—exclamó uno de los viajeros que, como los demás, estaba ya también con curiosidad y harto de suspiros.

—¿Ven ustedes ese tren que, parado ahí, ha de cruzar con el nuestro?... Pues lo mismo, lo mismo, estaba el otro; en el que iba ella...

Ella era una muchacha rubia, encantadora, que había yo conocido durante el veraneo y cuya imagen, desde entonces, me acompañaba sin cesar. Al pronto, cuando vi su cabecita rubia asomada á la ventanilla del coche, me pareció que era una alucinación, un sueño de color de rosa; pero no, era ella, ella misma, que me miraba

y me mandaba un adiós. ¿Por qué estaba aquí aquella mujer? ¿Por qué viajaba?... Una curiosidad vivísima me atraía hacia ella. Bajé de mi coche con ánimo de acercarme al suyo, decidido á enterarme de todo...

¡Nunca la había visto tan hermosa!... La contemplé extasiado largo rato, desde lejos, olvidando mi viaje y la urgencia del asunto que me obligó á emprenderlo. Tanto lo olvidé y tan extasiado estaba, que no advertí que mi tren se había puesto en marcha y que salía ya de agujas. Otro en mi lugar, y quizá yo mismo en otra ocasión, se hubiera desesperado al verse burlado así: yo entonces, por el contrario, me alegré. Sin darme cuenta de ello, había tomado odio á aquel monstruo de hierro que me iba á separar, quizá para siempre, del ángel á quien tan en secreto adoraba.

Y, resuelto á aprovechar aquella ocasión que la casualidad me deparaba y á enterarme de si ella había sorprendido mi amor y hasta, si era preciso, á manifestárselo yo mismo, me acerqué, por fin, á su coche, con la ansiedad y el temor propios de un colegial; pero nada la dije por que vi que lloraba.

Aquellas lágrimas avivaron aún más mi curiosidad. Entretanto, el jefe de estación tocó con insistencia su silbato al que contestó, obediente, el de la locomotora; y yo, solo en el andén, abandonado por el tren que había de conducirme, y atraído por extraño imán á aquel ángel rubio que lloraba, abrí la portezuela de su coche y penetré en él.

Hasta muy cerca de Madrid no pude conseguir que aquella encantadora criatura me dijera, burlando la vigilancia de sus padres, el por qué de sus lágrimas; la llevaban á casarse contra su voluntad...

* * *

—Pero no vemos que tenga todo eso nada que ver con lo de los palos,—interrumpió el viajero curioso, coreado por los demás.

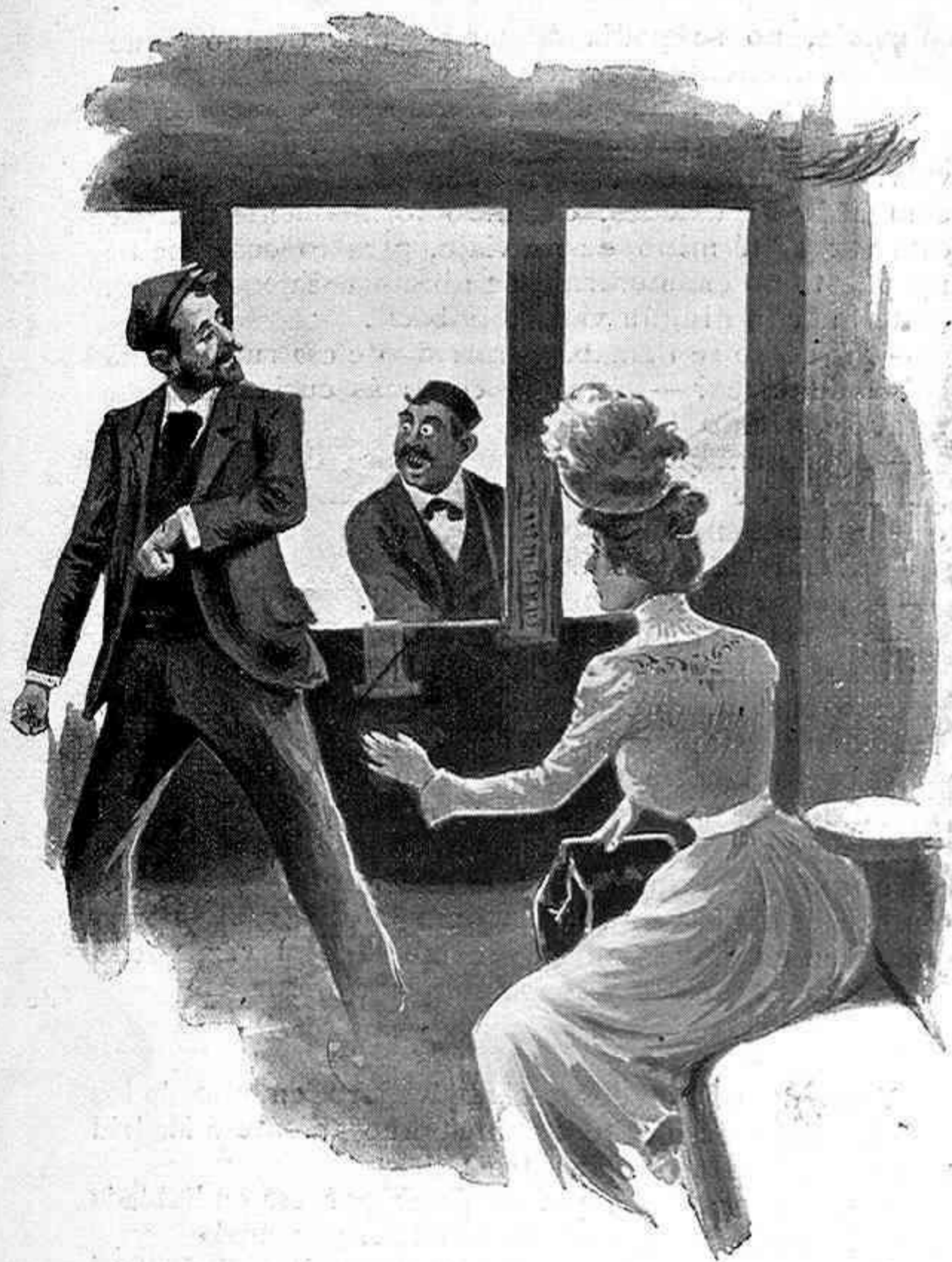
—A todo se llegará, mis queridos compañeros. Estuve en Madrid mucho tiempo, mucho. La boda por fuerza de aquella mujer, á quien más ciegame que nunca adoraba, atrajo todo mi interés.

Por fin, sucedió fatalmente lo que tenía que suceder; se casó, marchó al Norte en compañía de su marido... y ¡no volví á saber de ella!

Desalentado, sin ilusión ya y sin esperanza alguna, me di á pensar en lo que los hombres pensamos para olvidar nuestras penas; en los negocios.

Y entonces fué cuando vino nuevamente á mi memoria que tenía en Bilbao un asunto urgente; el mismo asunto que tenía la vez aquella que perdí el tren en esta maldita estación y retrocedí en mi viaje.

Metíme, pues, nuevamente en el tren, y nuevamente salí de Madrid en compañía, esta vez, de cuatro ó



cinco muchachos, amigos míos y compañeros de estudios algunos de ellos y gente jovial y camorrista toda.

Veníamos haciendo el viaje con la alegría propia de los pocos años y dedicados á bromas de más ó menos buen gusto y más ó menos pesadas. Entre estas últimas, una en la que yo no había querido tomar parte porque me parecía poco piadosa; consistía en abofetear sin compasión á los viajeros de los trenes que se cruzaban con el nuestro y que, con la natural curiosidad del que viaja, atisbaban, al pasar, desde la ventanilla de su coche, lo que en el interior del nuestro acontecía. Y era de ver la cara de asombro, primeramente, del tan inesperada como injustificadamente abofeteado, y su cara de rabia y desesperación, más tarde, cuando se daba cuenta de su situación y de que no podía vengar el ultraje, por que uno de los trenes estaba ya en movimiento; indignación que crecía al contemplar, en la marcha, las risas y burlas de mis crueles camaradas, en las cuales, forzoso es confesarlo, no dejaba yo de tomar alguna parte...

Al llegar á esta maldita, mil veces maldita estación, venía yo asomado á una de las ventanillas y, bien á mi pesar, recordaba la no muy feliz aventura que aquí mismo había tenido meses antes, la pérdida del tren, el retraso en mi asunto urgente, el encuentro con la encantadora rubia, sus lágrimas, mi regreso á Madrid, su boda..., ¡todo!

Mis alegres compañeros, advirtieron bien pronto mi tristeza y procuraron sacarme de ella, invitándome á tomar parte en su pesada broma de abofetear á los incautos viajeros de un tren que esperaba aquí mismo

el cruce con el nuestro; un cruce como el de aquél en que encontré á mi amada, como el de ese mismo tren que ahora se va á cruzar con el en que nosotros vamos.

Resistí al principio, lo recuerdo bien ya estaba nuestro tren, que esta vez era el que andaba, próximo á separarse por completo del otro, cuando vi en una de sus ventanillas una carota grande, estúpida, una de esas caras que están pidiendo una bofetada; y yo, bien por complacerla en lo que pedía, bien por contentar á mis amigos, bien por desahogar el mal humor en que me habían puesto los recuerdos de mi otro viaje, alargué el brazo todo lo que pude y estampé mi mano en aquella imbécil fisonomía con la mayor fuerza y la mayor sonoridad que recuerdan los anales de la bofetada.

El dueño de aquella cara se indignó, como era natural, y se deshizo en improperios y amenazas contra mí; creo que, si aquel hombre hubiera llevado un revólver, hubiera yo tenido el sentimiento de no poder ultimar el negocio urgente de Bilbao. Mas nosotros, no hacíamos caso de sus amenazas y seguíamos en la ventanilla burlándonos y riéndonos, como siempre en estos casos, del infeliz abofeteado.

Pero esta vez las risas cesaron bien pronto. Nuestro tren se detuvo de repente y con gran asombro nuestro retrocedía y retrocedía hasta colocarse otra vez junto á aquél en que estaba el dueño de la fisonomía estúpida...

¡Nos habíamos equivocado y creímos que era la salida definitiva del tren, lo que sólo era una maniobra para agregarle unos coches!

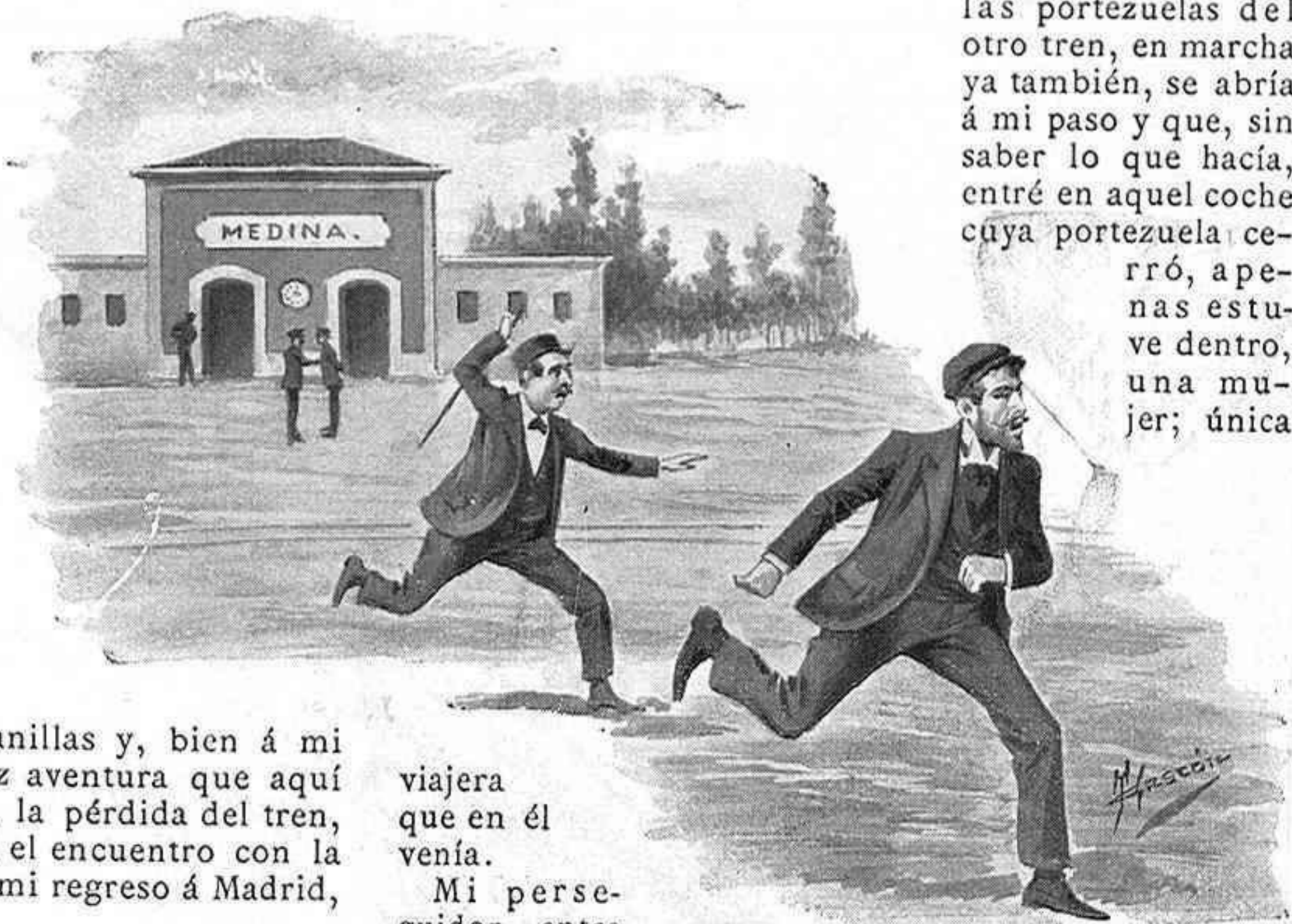
Confieso que no soy muy valiente y que, quizá por lo injusto de mi proceder, todavía lo fuí menos cuando vi á mi víctima bajar de su coche enarbolando un grueso bastón y, radiante de gozo porque iba á realizar su venganza, entrar en el que nosotros ocupábamos.

Aunque luego lo he pensado muchas veces, aún no he podido darme cuenta de cómo salí del coche y me encontré corriendo, á todo correr, por el andén, perseguido siempre por aquella fiera.

Lo que sí recuerdo, es que el tren donde yo había venido, se marchó sin mí, como se me había marchado el otro, y que ya, rendido por las carreras que había dado, iba á caer en poder de mi terrible perseguidor

cuando vi que una de las portezuelas del otro tren, en marcha ya también, se abría á mi paso y que, sin saber lo que hacía, entré en aquel coche cuya portezuela ce-

rró, apenas estuve dentro, una mujer; única



viajera que en él venía.

Mi perseguidor, entre tanto, subido en el estribo del coche, trataba en vano de abrir la portezuela, cuidadosamente cerrada por dentro. El tren había tomado alguna mayor velocidad y salía de la

estación; aquella fiera hubiera hecho todo el viaje en el estribo, con tal de matarme, si uno de los empleados de los muelles de la estación, temiendo por su vida, no le hubiera cogido entre sus robustos brazos y le hubiera dejado en mitad del andén de mercancías, donde quedó contemplando con rabia, cómo se le escapaba el que él ya creía su presa.

—Está usted salvado, — me dijo entonces la tan impensadamente mi compañera de viaje... Ya no tiene que temer á mi marido...

—¿Su marido?...

La miré y creí que soñaba; aquella mujer que me había salvado, la esposa de mi perseguidor, era rubia. Pero no una rubia cualquiera... Era ¡mi rubia! mi amor; por la que había perdido el tren la primera vez, en esta estación; por la que le volvía á perder otra vez aquí mismo...

—¿Y qué más? — preguntó el ^{***}compañero de viaje, á quien, por lo visto, la aventura había interesado grandemente.

—Pues nada; que volví otra vez á Madrid; que durante el viaje, me contó mi encantadora compañera, que era desgraciadísima en su matrimonio, por lo cual yo me alegré interiormente de la bofetada que, sin saberlo, había dado á su marido; que la dije lo que hasta entonces había callado, que la adoraba, y que me confesó, con grandísimo júbilo mío, que desde hacía mucho tiempo lo había advertido y que, desde el mismo tiempo, me quería también.

En fin, que jamás he hecho un viaje más feliz en toda mi vida, y que, al término de nuestro viaje, nos separamos como dos amantes, más que como dos amigos...

Su marido llegó á Madrid al día siguiente; ella misma me lo escribió. Y, miren ustedes lo que son las cosas; al mismo tiempo que recibía su carta, recibía otra de mi corresponsal en Bilbao, diciéndome que el asunto urgente, aquel asunto urgente desde hacía cin-

co meses, no se podía dilatar por más tiempo y que era absolutamente necesaria mi presencia en Bilbao.

Así lo comprendí, y unos días después, los precisos para convencer á mi rubia de la necesidad de este viaje, volví á meterme en el tren ayer tarde, en la amable compañía de ustedes, decidido formalmente á llegar esta vez al término de mi viaje, para lo cual, me he propuesto no enamorarme de ninguna viajera rubia ni meterme con ningún viajero imbécil.

—¿Y cómo se llamaba el marido de esa rubia, de la rubia de usted? — preguntó con más curiosidad que nunca el vecino de asiento.

—¿Quién?... ¿El salvaje que la hace desgraciada?... ¿El dueño de la fisonomía estúpida?... ¿El de la cara que está pidiendo una bofetada?...

—¡El mismo!... ¡El mismo!...

—Pues se llama Ruperto Cereceda.

—¡¡Servidor de usted!! — exclamó el hasta entonces curioso, al mismo tiempo que levantaba furioso un grueso bastón, que el amenazado con él, reconoció inmediatamente como el mismo de la otra vez.

Y, como la otra vez, saltó al andén y le corrió infinidad de veces, siempre perseguido; y como la otra vez, se metió, para salvarse, en uno de los coches del otro tren que esperaba en la estación el cruce con el en que él había venido; y, como la otra vez, se puso este tren en movimiento; y como la otra vez, quedó en tierra su furioso y constante perseguidor...

Y era de ver el desgraciado viajero en uno de los coches del tren que le conducía nuevamente á Madrid y pensando para sus adentros:

—Con razón decía yo, al pasar por esa endiablada estación: «Diez minutos de parada... ¡y palos!»

Y, á todo esto, el asunto urgente... Pues señor; ¿si estará de Dios que yo no pase de Medina?...

PEDRO SABAU

Ilustraciones de T. GASCÓN.



COMPARSAS DE CARNAVAL EN LA HABANA.



IGLESIA DE SANTO DOMINGO.



IGLESIA DE SAN FRANCISCO.

LIMA (Perú).

DIALOGOS CURIOSOS; por A. SERIÑA.



—Es usted la realización del tipo que yo he soñado. Deme el codiciado *si* y hablaré á su papá.
 —No lo tengo; en todo caso tendría que hablar á mi esposo.
 —¡Casada!... No importa; para probarle mi constancia esperaré á que enviude.



—¿De modo, que no te gusta?
 —Distingo; me parece muy bien para ir á los teatros; pero...
 —No seas tonta; con un sombrero así se va á todas partes, á todas...
 —Menos á la vicaría.

At *The New York*
B'way,
44 & 45 Sts.

George W. Lederer,
Managing Director

500 PEOPLE
ON THE
STAGE

*The Great
Golden
Spectacle*

*The Man
in the Moon*

H. A. THOMAS
SWYLIEN
1140 1st St.
N.Y.

Anuncio de la obra de gran espectáculo «El hombre en la luna». — Nueva York.